

CONVOCATORIA DE DIOS EN EL MUNDO DE LOS JÓVENES

El mundo de los jóvenes, hoy plural y fragmentario, presenta una problemática nueva. Por esto se impone la necesidad de una pastoral juvenil también nueva. Sobre el tema Selecciones ha publicado recientemente el artículo de A. Jiménez Ortiz ¿Cómo anunciar la experiencia de fe a la juventud actual? (ST, nº 145, 47-62). En él, después de trazar el perfil de la actual generación de jóvenes, se propone el acompañamiento personal como medio para contribuir a que el/la joven realice la experiencia de fe y/o profundice en ella. El autor del presente artículo parte también de un análisis de situación —referido directamente al contexto español, pero fácilmente extrapolable—, pero luego presenta cuatro modelos de Iglesia que pueden responder a las inquietudes y expectativas de la juventud actual.

Convocatoria de Dios en el mundo de los jóvenes, Revista de Pastoral Juvenil, nº 339 (1996) 17-33.

Todo en la Iglesia ha de ser a la vez *deseo y promesa*. Como deseo, se genera desde abajo en la realidad humana, como resultado de expectativas y proyecciones. Como promesa, todo en ella viene de Dios, como donación y plusvalía. En el intersticio de la lógica del deseo con la lógica de la promesa nace ese espacio que llama-

mos convocatoria de Dios para un pueblo en marcha. Si la Iglesia sólo fuera la proyección de un deseo, no pasaría de ser un artefacto humano. Si se concibiera sólo como promesa de Dios sin relación con el deseo del ser humano, no salvaría la realidad humana.

LOS MUNDOS JUVENILES

El mundo de los/las jóvenes, como realidad socialmente identificable y uniforme, ya no existe. Su primera característica consiste en presentarse fragmentado. Cualquier aproximación a la juventud como realidad estadística está abocada al fracaso. No hay una condición juvenil única, ni una rea-

lidad común para todos los jóvenes.

En la última instantánea que se ha realizado sobre la juventud española aparece un cuadro movido en múltiples direcciones, que posee un significado evidente para los diseños pastorales. En el diagnóstico publicado en setiembre de

1994, Javier Elzo señala *seis grupos* juveniles atendiendo a la *construcción social de la identidad juvenil*, en especial, a los posicionamientos ante los nuevos movimientos sociales, los niveles de confianza en determinadas instituciones, los grados de justificación de comportamientos de la vida cotidiana, la autorresponsabilidad o la delegación de la misma.

1. *El grupo pasota* (10,11%). Tiene poca confianza en las instituciones, desestima los movimientos sociales, justifica los actos poco cívicos (molestar por la noche, no pagar en el transporte público, etc.). Es insolidario e intolerante con inmigrantes y marginados. Sus jóvenes valoran poco la familia y mantienen un conflicto generacional con los padres, de quienes desean emanciparse para vivir solos o en uniones libres sin contrato legal. Su mundo es la diversión, la juerga, y está preocupado por realizarse sexualmente. Es ajeno a la acción política, sindical o religiosa y exige al Estado que se responsabilice del bienestar a costa de la responsabilidad propia. Religiosamente cree poco; en cambio, da crédito a los horóscopos.

2. *El grupo integrado* (34,42%). Tiene un alto grado de confianza en las instituciones y estima los movimientos sociales, en especial los «pro vida» y los patrióticos. Muestra un alto rigor ético ante los comportamientos cívicos de signo distinto (aborto, suicidio, eutanasia). Sus jóvenes valoran fuertemente la familia y no rom-

pen con los valores de los adultos. Se sitúan en el centro político y están dispuestos a asumir responsabilidades. Religiosamente estiman el catolicismo institucional.

3. *El grupo postmoderno* (24,3%). Tiene poca confianza en las instituciones jerarquizadas (Iglesia, ejército). En cambio, es alta su valoración de los nuevos movimientos sociales (pacifistas, objetores, feministas, gays). Es permisivo con los comportamientos privados (aborto, eutanasia, droga, sexualidad) y exigente con los públicos (corrupción). Sus jóvenes desean emanciparse de la familia y son partidarios de la unión libre sin contrato legal. Políticamente se sitúan a la izquierda. Agnóstico, pero propenso a valorar la experiencia estética.

4. *El grupo reaccionario* (15%). Se posiciona negativamente ante las instituciones, por ej. sindicatos, y se opone a los movimientos sociales (pacifistas, ecologistas, etc.). Sus jóvenes rechazan a los inmigrantes y a los de otra raza, a los drogadictos, gays, etc., y son muy rigurosos ante determinados comportamientos (aborto, sexualidad, actos poco cívicos). Apenas tienen conflictos familiares y no quieren salir de casa. Políticamente se inclinan a la derecha. Se sitúan entre los católicos poco practicantes.

5. *El grupo radical* (2,17%). Desconfía de las instituciones, sobre todo de las políticas. Presenta un mayor nivel de aceptación hacia los movimientos sociales (a excep-

ción de los «pro vida» y de los pacifistas). Alto nivel de permisividad con el terrorismo, el aborto, el suicidio, la eutanasia, la droga. Aunque no tienen problemas especiales con sus padres, sus jóvenes no valoran la familia. En política son radicales. Alto porcentaje de ateos y agnósticos.

6. *El grupo conservador liberal* (13,86%). Poco crítico con las instituciones, está de vuelta de los movimientos sociales. No mani-

fiesta rechazo explícito de otros colectivos, pero no les apoya. Valora las comodidades materiales de la familia. Centrados en sí mismos, a sus jóvenes les interesa buscar un camino en la vida haciendo méritos. Entusiastas de la empresa privada, valoran la competencia, el éxito en el trabajo y ganar dinero. Políticamente son de centro-derecha. Se posicionan como católicos no practicantes y son muy liberales en los comportamientos privados.

DESEO Y PROMESA EN LOS MUNDOS JUVENILES

Cuanto más fragmentado aparece el mundo de los/las jóvenes, tanto más necesario resulta identificar aquellas constantes que vertebran su realidad más profunda. Todo parece indicar que los deseos y expectativas actuales de los mundos juveniles se sustancian actualmente en cuatro dinámicas que muestran las matrices generadoras de un proyecto eclesial significativo para los/las jóvenes: 1) la promesa de misericordia que, sostenida sobre el deseo de fraternidad, cristaliza en una *Iglesia samaritana*; 2) la promesa de rehabilitación que, sostenida sobre el deseo de reconocimiento, cristaliza en una *Iglesia rehabilitadora*; 3) la promesa de liberación que, sostenida sobre el deseo de alternativa, cristaliza en una *Iglesia liberadora*; 4) la promesa de comunidad que, sostenida sobre el deseo de solidaridad, cristaliza en una *Iglesia mediadora*.

Estos deseos llaman a las puertas de Dios quien, por la fuerza

de Jesús, se muestra como misericordia, como rehabilitación, como liberación y como solidaridad. El encuentro de esos deseos con estos rostros de Dios origina la Iglesia samaritana, la Iglesia rehabilitadora, la Iglesia liberadora y la Iglesia mediadora. En estas cuatro figuras se condensan, para los/las jóvenes de esta generación, la memoria y el futuro anunciado como Reino de Dios.

Iglesia samaritana, deseo de fraternidad

En el mundo de los jóvenes hay una persistente apelación a la *fraternidad*. Por razones existenciales, históricas o sociológicas, la juventud actual demanda un proyecto fraternal de Iglesia que enfatice la comunicación humana y las relaciones interpersonales. La fraternidad se despliega en forma de comunicación, servicios de proximidad y vida cotidiana.

1. *Un modo de acompañar.* La convocatoria eclesial para la juventud actual es una invitación al encuentro y a la comunicación. La juventud vive dentro de una realidad en permanente proceso de asimilación, construcción y reproducción de un mundo que no es del todo suyo. La socialización resulta cada vez más difícil, debido sobre todo a la complejidad del mundo construido por los adultos. En esta situación es preciso que la socialización tenga un carácter afectivo y esencialmente cálido. No basta que los/las jóvenes tengan que hacer suyo el mundo construido por los adultos. Se requiere experimentarlo como valioso gracias a la acción de personas o grupos que se lo acerquen de una manera significativa. Si a ello se añade que hoy la vida se concibe como una carrera despiadada entre pocos ganadores y muchos perdedores, se comprenderá la fuerte demanda de lugares de encuentro y de relaciones expresivas que funcionan unas veces como socializadores y otras como generadores de resistencias ante la actual realidad social.

La convocatoria eclesial en el mundo de los jóvenes se articula primariamente en torno al valor de la compañía y de la proximidad que se ejercen como comunicación personal. Ese proyecto fraternal de Iglesia privilegia la cotidianidad como ámbito por excelencia donde se decide la vida como existencia y como calidad. Lo decisivo para los jóvenes convocados es el ritmo de la cotidianidad en la vida concreta. El ritmo de lo cotidiano es el tiempo de la

fraternidad, que se expresa en la entrega a cada momento, a cada dimensión de la vida. En el mundo de lo cotidiano, la fraternidad permite transitar del llanto al quehacer y del trabajo al canto. Y permite vivir cerca de las personas carenciadas con el corazón en la mano.

2. *Una presencia compasiva.* A los/las jóvenes convocados no les interesa la vida indolora que la civilización del consumo fabrica. Más bien les seduce la idea de aliviar la condición humana, en especial el sufrimiento, aunque sólo sea con una comida compartida, con una visita apropiada, con una mirada de ternura.

La irrupción del voluntariado en el mundo se ha convertido en el nuevo espacio para la eclesio-génesis que se sustancia en *servicios de proximidad*. Así lo han comprendido multitud de comunidades eclesiales que ofrecen acogida y un clima cálido, y que son capaces de curar mediante una palabra, un gesto o una comida en común. Su compromiso mayor se orienta al encuentro personal, a la escucha en clima de amistad, a la hospitalidad, a la calidad de las relaciones humanas.

Son comunidades que entendieron el diagnóstico certero de Heinrich Böll al reclamar la vigencia de la ternura «que siempre es curativa: con palabras, con manos (...); este elemento del NT, la ternura, no ha sido descubierto aún (...); hay, sin embargo, ciertos seres que pueden ser curados por una voz, simplemente por el material sonoro de una voz determi-

nada, o por una comida en común».

La fraternidad como eclesio-génesis ha descubierto el valor de la ternura. Y así acompaña a los enfermos terminales del SIDA, sin ningún reproche. No siente ante el enfermo ni indignación ni conmiseración. Simplemente se sitúa como quien vigila junto a una zarza ardiente. Acompaña a los encarcelados, a sabiendas de que el delito no es una cualidad de la persona, sino un simple atributo de la acción y de que antes de ser delincuente se es hermano. Abre sus puertas a los que viajan en patera o malviven como inmigrantes en una tierra que no sienten como propia. Quien está roto por el mar necesita que se le cure, quien yace maltrecho en el borde del camino precisa de alguien que le vende las heridas, quien necesita esconderse para vivir sus últimos días pide que alguien le acompañe.

3. *La Iglesia samaritana.* La sintonía actual de los/las jóvenes con la Iglesia se produce gracias a lo que Jon Sobrino denomina «principio misericordia» y que estructuró la vida y la praxis de Jesús al anunciar la buena noticia del Reino de Dios y denunciar la espantosa realidad del anti-reino. La Iglesia que seduce a los/las jóvenes es la configurada por ese «principio misericordia»: la que escucha los clamores de un pueblo sufriente y reacciona ante ellos. Su esperanza es la de los pobres que no tienen esperanza, su tarea es erradicar el sufrimiento injusto y animar a las víctimas a liberarse de ellos.

Es así como se sitúa, como Igle-

sia samaritana, allí donde acaece el sufrimiento humano. Una Iglesia celebrada en sí misma no es significativa para los jóvenes que, descentrados por la misericordia, buscan el camino en el que se encuentra el herido. La Iglesia samaritana antepone la construcción del Reino a cualquier tentación eclesiástica. Su fe será una fe en el Dios de las víctimas. Y su praxis será un desvivirse por transitar caminos eficaces de justicia. Sólo esta Iglesia está plétórica de gozo para los/las jóvenes. Ya que el hermano y hermana pueden ser celebrados como don y la fragilidad personal encuentra donde apoyarse.

Desde la misericordia, el ejercicio del acompañamiento adquiere una nueva luz. Como consecuencia de nuestra voluntad de combatir el mal hay que asumir un sufrimiento: el sufrimiento que justamente nace de la lucha contra el sufrimiento. Ese sufrimiento no destruye, sino que hace indestructibles.

Iglesia rehabilitadora, deseo de reconocimiento

En el mundo de los jóvenes hay una persistente apelación al reconocimiento, que demanda relaciones de reciprocidad y respeto a la dignidad del joven.

La Iglesia deseada en el mundo de los jóvenes es una convocatoria para el reconocimiento. Políticamente ha constituido el secreto de las transformaciones acontecidas en la Europa del Este bajo el grito de *sociedad activa*: sólo se puede gobernar desde el reconocimiento de la gente, sin sus-

traerles de las decisiones que les atañen.

Desde la perspectiva educativa, el reconocimiento se traduce en *empatía*. Sólo si abandonamos el talante prepotente del que sabe frente al que no sabe y nos persuadimos de que no sólo damos, sino también recibimos de los alumnos, nos acreditamos como educadores. Sólo entonces dejamos de verles como objeto de ayuda y comenzamos a interesarnos por ellos y por su mundo. Pues sólo cuando aceptamos que la persona es única e irrepetible, podemos sentir *empatía* y ponerlos en su sitio.

Desde la perspectiva económica se traduce en el enfoque de la cooperación frente al enfoque de la imposición. Mientras que la imposición echa mano de presiones legales y económicas para lograr el desarrollo humano, la cooperación subraya que los problemas sólo se pueden resolver mediante decisiones y acciones razonables compartidas. El secreto de la cooperación reside en la discusión racional.

En la sala de espera de la Iglesia, una generación de jóvenes aguarda con la esperanza de ser reconocidos. Una Iglesia a la altura de los deseos de los jóvenes ha de activar el reconocimiento: el acogimiento y la compañía de la Iglesia samaritana resultan insuficientes sin la contrapartida del reconocimiento. Se puede amar a una persona frágil e impedirle crecer. Si un educador se desvive por sus alumnos, pero no les deja crecer, puede tener un impulso sentimental, pero le falta el necesario reconocimiento. Se puede ayudar

a los pueblos del Sur, pero si se hace sin reciprocidad, falla el reconocimiento de su dignidad. El reconocimiento implica la revalorización de la capacidad y la dignificación de la reciprocidad.

1. *La expansión de las capacidades*. Cuando falla el reconocimiento de las capacidades de los jóvenes, la Iglesia se convierte en un lugar de lisiados del espíritu. No hay nada que horrorice tanto a los jóvenes como estar ubicado en un lugar en el que se desconfíe de ellos.

Son frecuentes dos patologías. La primera: aproximarse a los/las jóvenes como quien se acerca a una realidad por hacer, como si se tratara de alguien que todavía no piensa, no ama o no proyecta, porque no lo hace en el registro del adulto. Esta ideología ha condenado a los/las jóvenes a ser un mero comparsa de una Iglesia envejecida. En el mejor de los casos la Iglesia ha visto en ellos a alguien que se está haciendo, pero no al ser humano que hay detrás.

La segunda patología eclesial considera al joven como un objeto de doma. «¿Qué hacemos con la juventud?» es el grito de guerra de esta patología, incapaz de comprender que con los jóvenes no se hace nada, sino que son ellos quienes hacen y deshacen. La juventud no es prolongación del mundo de los adultos. La Iglesia-convocatoria de jóvenes no niega los mundos juveniles ni los reduce a sombra del mundo de los adultos, sino que nace allí donde hay una cesión de la propia soberanía y un reconocimiento de las capacidades juveniles.

Tanto si nos enfrentamos a la tragedia de la delincuencia juvenil, como si aceptamos el desafío del SIDA como auténtico zarpazo en el mundo de los jóvenes o intentamos superar los estereotipos de una determinada juventud, no tenemos más remedio que adoptar una actitud de reconocimiento de las potencialidades que encierra el mundo de los/las jóvenes.

2. *El ejercicio de la reciprocidad.* No podemos, pues, acercarnos a los/las jóvenes como si fuesen sólo objeto de aprendizaje y de ayuda. Una convocatoria en el mundo de los jóvenes ha de aspirar, por el contrario, a la reciprocidad libremente otorgada. Una Iglesia que aspire así a la reciprocidad es discente y ama profundamente la libertad del joven.

En el espacio eclesial, la ayuda no va en una única dirección, como si los/las jóvenes fuesen sólo receptores de la ayuda. La convocatoria eclesial es, por el contrario, bidireccional: va tanto del que da al que recibe como del que recibe al que da. En todo caso eclesial hay una apertura a recibir de alguien que es, por su propio ser, persona y que posee su mundo propio. La Iglesia entra como huésped en el mundo del otro, pidiendo permiso y, si es recibida, participando. Pues sólo siendo recibida en él puede ofrecerse un servicio dignificador para el que lo da y para el que lo recibe.

3. *El principio del reconocimiento. De marginado a discípulo.* El relato evangélico de la curación del ciego de Jericó (Mc 10, 46-52)

encierra las claves del reconocimiento como principio de praxis eclesial. Bartimeo, además de ciego, era mendigo. En el relato aparece cómo ese mendigo, ciego, activa las propias capacidades y recupera la propia dignidad. Él, sentado a la vera del camino, es capaz de ver lo que otros son incapaces de percibir: por allí pasa el portador de salvación capaz de curarle. Él es capaz de pedir ayuda y capaz de resistir a cuantos querían hacerle callar. En la dinámica del reconocimiento, Jesús no abruma a Bartimeo con su ayuda, sino que le pregunta: «¿Qué quieres que haga contigo?». Y así abre un espacio para que el mendigo tome la iniciativa y se afirme como persona. Jesús no sólo le reconoce como sujeto de su acción, sino que le devuelve el propio éxito de su curación: «Tu fe te ha salvado».

Gustavo Gutiérrez comenta que lo decisivo de la experiencia cristiana en el momento actual es la *irrupción del pobre*, que ha permitido no sólo calibrar la cruel pobreza de la mayoría de la población mundial, sino ante todo valorar sus energías y sus valores celebrando así que hayan entrado en escena con «su pobreza auestas». Al percibirse como sujeto de su propia historia, como alguien que ha empezado a tomar en sus manos la rienda de su destino, el pobre no es objeto de favor, sino sujeto de derechos y deseos. «Los Bartimeos de este mundo han dejado de estar al borde del camino, se han aproximado de un salto al Señor, amigo de la vida»: de marginados han pasado a ser discípulos.

Iglesia liberadora, deseo de un mundo nuevo

En el mundo de los jóvenes existe una persistente apelación a la liberación, como una fuerza capaz de configurar un mundo nuevo. La convocatoria eclesial en el mundo de los jóvenes se despliega como *promoción y activación de alternativas*. Multitud de comunidades de jóvenes desarrollan proyectos en un horizonte emancipador y ejercen la conciencia crítica ante las distintas situaciones. No se limitan a actuar sobre los síntomas de los problemas sociales. Su compromiso se orienta a promover los cambios que requieren los peor situados.

En la conciencia de la juventud actual, nunca el mundo ha sido tan desigual. Según datos de la ONU y del Banco Mundial, en treinta años la desigualdad se ha duplicado. La diferencia entre la prosperidad de unos y el desamparo de otros es actualmente de sesenta veces. El mundo de fin de siglo funciona para pocos y contra muchos. A través de la TV convida a todos al banquete del bienestar. Pero a la mayoría les cierra la puerta. Mientras el Norte necesita del Sur como mercado de consumidores, los jóvenes inventan nuevos vínculos entre los países y recrean nexos de amistad e intercambio más allá del mercado.

1. *Laboratorio de mundialización.* La mundialización se está produciendo en forma de globalización económica a través del mercado. Pero el deseo de mundialización busca otros vehículos que permi-

tan construir un único mundo más allá de las agrupaciones movidas por el interés. En esta línea, la juventud aparece como un arca capaz de transitar países, culturas e incluso religiones.

El secreto de la agrupación reside en la *re-producción* de uno mismo, que origina áreas de influencia con el fin de privilegiar el propio comercio. En cambio, el secreto de la Iglesia acreditada por los jóvenes se cifra en la *perpetuación de la vida*. Si el Norte es solidario con el Sur no debe ser para enriquecerse ni para auto-reproducirse, sino para construir un mundo más habitable y humano.

Mientras la agrupación es de suyo *autista*, como se muestra en la construcción de bloques que establecen barreras, la Iglesia demandada por los jóvenes es esencialmente *comunicativa*, ya que elimina toda barrera de separación, incluso las que se presentan como razonables.

El lenguaje de la agrupación es el *acuerdo* que se sustenta sobre la *equivalencia*. Así, por ej., la Unión Europea se asienta sobre la presunta desigualdad entre los países que la integran. En cambio, la Iglesia postulada por los jóvenes ha de tener en su interior un *intercambio asimétrico*: todos aportan, pero no todos lo hacen de la misma manera.

2. *Revertir la historia.* La situación mundial sitúa a la juventud en un proyecto de radicalidad que llama a revertir la historia por los caminos del realismo y la secuencialidad.

Los jóvenes convocados valo-

ran los cauces concretos y las aportaciones discretas. La novedad que proponen no implica el corte radical con la configuración histórica anterior. En el ámbito de la juventud hoy sólo son creíbles las protestas que van acompañadas de propuestas. El futuro que demandan los/las jóvenes es el despliegue de unas prácticas concretas centradas en los valores de la solidaridad y la comunidad. La alternativa deseada apuesta por una transformación secuencial de la realidad.

La secuencialidad en las transformaciones no es entreguismo ni prudencia política, sino realismo. Se trata de dar pasos que sean ajustados a la realidad. Pero entendidos como pasos: como aquello que debe ser alcanzado y sobrepasado para llegar a lo que realmente se pretende. Este realismo no es pragmatismo ni resignación, sino búsqueda activa de caminos y soluciones reales.

Para ser solidarios ya no resulta suficiente la redistribución. La solidaridad distributiva choca con el duro muro de la realidad: no es posible el crecimiento ilimitado; no hay recursos suficientes para generalizar el modo de vida de las sociedades ricas. La solidaridad obliga a renunciar al disfrute de algunos derechos e incluso a ir en contra de nuestros intereses.

Ha habido dos modelos de solidaridad y ahora se propone un tercer modelo. En el primer modelo eran los débiles (mayoría) quienes se solidarizaban entre sí contra los fuertes (minoría). El segundo modelo ha intentado resolver la situación de los débiles,

sin tocar sustancialmente la situación de los fuertes. Ante la ineficacia del segundo modelo surge ahora el tercero: la solidaridad ya no es de las mayorías débiles contra la minoría fuerte, sino la solidaridad con los débiles del mayor número de fuertes en contra de sus propios intereses.

Se abandonan las políticas de reparto, propias del segundo modelo, ya que, al existir menos excedentes, hay que repartir siempre menos. Esta solidaridad por reconocimiento consiste, no en repartir entre los menos-iguales el excedente de los más-iguales, sino en organizarlo todo desde los derechos de los menos-iguales.

3. *El principio de liberación. Una Tierra sin males.* La convocatoria eclesial en el mundo de los/las jóvenes representa una cierta anticipación germinal de lo nuevo. Existe una profunda afinidad entre el itinerario histórico del Reino y el itinerario social de la liberación, que se convierte así en el parto de los tiempos nuevos anunciados como «Tierra sin males».

¿Dónde encontrar en el mundo de los jóvenes un código simbólico capaz de movilizar las energías hacia un futuro más humano? Pueden fallar las imágenes, pero queda la solidaridad. La Iglesia para los/las jóvenes se acredita como condensación de esa dinámica que permite soportar la noche y el no-saber acerca del futuro, sufrir sin romperse en áreas de compasión, servidas por la fraternidad. Y en el ejercicio de la solidaridad, los jóvenes convocados pueden enfrentarse a los efectos que estamos

viviendo hoy como resultado de habernos quedado sin imágenes acerca del futuro.

A través de la solidaridad se mantiene viva la experiencia de contraste, que pone en evidencia la esencial contradicción de una civilización que se construye sobre la amnesia del sufrimiento. Es así como la juventud convocada comparte una cierta experiencia de exilio con la consiguiente ampliación del cambio de visión. Desde la experiencia de exilio se recupera la confianza en la transformación por otros caminos. Los peores enemigos de la juventud son hoy las estructuras de impotencia, ya que están «montadas para impedir que los pueblos sometidos piensen con su propia cabeza, sientan con su propio corazón y caminen con sus propias piernas» (Galeano). Para los jóvenes convocados, el Evangelio es un sueño de expatriados, construido con los materiales del exilio, cuya originalidad consiste en provocarles a soñar fraternalmente.

Iglesia solidaria, deseo de mediación

En el mundo de los jóvenes existe una incesante apelación a la *mediación*, a causa de la persistencia de la exclusión social y de la irrupción de una sociedad de riesgos.

Cada tiempo tiene su específica cuestión social. Al principio de la revolución industrial la cuestión social radicó en la extrema pobreza económica y en la miseria de las masas. El deseo fundamental consistía en sobrevivir en me-

dio de unas condiciones inhumanas de trabajo.

En la actualidad, la cuestión social adquiere la forma de exclusión social. Por esto el deseo fundamental de la juventud consiste en librarse de la dinámica expulsora que orilla a personas y grupos. No entrar en el mundo del trabajo, carecer de vivienda, ser expulsados de la convivencia son los zarpazos que planean sobre el mundo de los jóvenes.

Sin embargo, los problemas sociales que amenazan a la juventud están cambiando de naturaleza. Los analistas sociales hablan de una *sociedad emergente de riesgos*. Con esta expresión se refieren a las amenazas sociales que se presentan hoy como formando un todo con la misma sociedad. Los riesgos están pegados a la sociedad de la misma manera que la piel está pegada al cuerpo.

Todos los problemas que amenazan a la juventud de los noventa pertenecen a la categoría del riesgo: la persistencia del desempleo, el uso indebido de la droga, la nueva pandemia del SIDA, el desamparo de la infancia o las inmigraciones masivas. Enfrentarse a los riesgos es enfrentarse a situaciones ubicuas y esquivas a la vez.

1. *De socios a próximos*. En el interior de una sociedad de riesgos, se enfatiza el deseo de *inserción*, como incorporación de los excluidos sociales a una sociedad activa, y se demandan mecanismos integradores orientados a desbloquear los factores excluyentes. Hay innumerables comunidades

cristianas de jóvenes que desarrollan itinerarios sociales, económicos y culturales a través de comunidades de inserción, cuya tarea apunta a la creación de una sociedad más accesible y participativa.

En la sociedad de riesgos, la solidaridad ha de construirse por dos caras complementarias. Por una nos convertimos en socios y por la otra nos hacemos próximos. Si las eventualidades sociales generaron una intensa demanda de instituciones potentes pero formales, los riesgos sociales reclaman potenciar los lugares intermedios, multiplicar los espacios sociales de acogida y formar redes que sirvan de amortiguadores y hagan visibles los riesgos.

La demanda de Iglesia responde a este nuevo tipo de presencia más ligera y vulnerable, exigida por una sociedad de riesgos que favorece actitudes y comportamientos típicos de la *patología de la abundancia*: la permanente *depresión* que se extiende como una auténtica plaga; la *falta de sentido* como uno de los factores más importantes de frustración, y el *consumismo desmedido* que convierte la vida en mera satisfacción de necesidades superficiales.

En este contexto no basta la construcción de una solidaridad abstracta, regida por criterios burocráticos, sino que se requiere una solidaridad cálida, formada por vinculaciones existenciales.

2. *De la institución a la comunidad.* Desde esta orfandad causada por la exclusión y la amenaza de los riesgos, hay una apelación a la

Iglesia para que ésta se realice en forma próxima, capilar, a través de relaciones horizontales, mutuas y cotidianas. En una sociedad de riesgos se exigen respuestas capilares por todo el cuerpo social. Hay que recuperar el sentido del cuidar del otro más allá de los sistemas institucionales.

La sociedad de peligros generó una intensa demanda de instituciones potentes que convirtió al Estado en el referente de todas las expectativas sociales. En esa sociedad, los mecanismos de producción de la solidaridad se vuelven abstractos y formales. La Seguridad Social generaba una solidaridad intergeneracional abstracta, ya que nadie era capaz de vivir su impuesto sobre la renta como una aportación a la pensión de su padre. El Estado del bienestar produjo además un aumento desmedido de la burocracia y de la reglamentación social.

En la actual crisis del Estado del bienestar subyace una demanda de pasar de la solidaridad institucional a otra solidaridad más directa y concreta. Se trata de multiplicar los lugares intermedios y de potenciar la solidaridad cálida a través de relaciones directas en múltiples espacios sociales, que en vez de vivirse como un agobio se experimenten como una ampliación de la libertad.

En este contexto, lo que demanda hoy la juventud es una Iglesia doméstica como lugar de resistencia frente al rigor de los riesgos, una Iglesia que vehicule el voluntariado del tiempo libre para acciones solidarias: para otorgarse servicios mutuos, ampliar las

actividades de vecindad y activar todas las formas de solidaridad directa. Una Iglesia así en el mundo de los/las jóvenes resulta como un amortiguador que reduce la vulnerabilidad personal ante los riesgos.

La solidaridad es entonces una fuerza productora de comunión: origina el modo comunitario de producción y de vida que no divorcia al hombre de los demás hombres ni de la naturaleza, sino que cree «en los asombrosos poderes del abrazo humano» (Galeano).

3. *Principio de solidaridad ante la exclusión social.* El deseo de solidaridad y la promesa de mediación engendran Iglesia. El deseo de Iglesia está unido a la capacidad de generar proyectos de vida que lleven a *ser unos para los otros, a vivir unos con otros, dando y recibiendo unos de otros*. Y como esto ha de ocurrir en un mundo desigual, resulta esencial un factor de *abajamiento de los unos a los otros*, que implica un cambio radical en el modo de comportarnos los humanos.

La solidaridad que se ejerce como abajamiento se resuelve en mediación a favor de los que están peor situados. *Hacer un puente* en un coche permite ponerle

en marcha. De un modo parecido, mediar significa *hacer el puente* para que los dinamismos vitales se activen en las personas excluidas. ¿Qué otra cosa hacen las comunidades que actúan en la marginación sino fomentar la confianza y la reciprocidad con los sujetos frágiles?

Mediar significa también *echar un puente* para permitir el tránsito entre realidades distanciadas. Es así como en los márgenes nace una nueva realidad: los excluidos se asocian, los marginados levantan cabeza, los impotentes se ayudan mediante una convocatoria juvenil.

Mediar significa por último ponerse en medio para *hacer de puente*. La juventud convocada ha comprendido que la batalla entre los sujetos marginados y la sociedad marginante es tan desigual que se impone la mediación. *Estar en medio* es la calidad de la presencia que eligen multitud de jóvenes convocados. Unas veces amortiguando el golpe y otras posibilitando el salto, actúan como la red del circo: pasa desapercibida, pero es el último asidero en el salto del trapeartista. En el mundo de los jóvenes, la mediación sólo resulta significativa cuando es un ejercicio de solidaridad.

Condensó: ELISA GARCÍA PLAZA

La juventud no es sólo un grupo con problemas. Hay que llamar a la juventud para que nos ayude, porque sin ella los problemas que tenemos planteados tampoco tienen solución.

Jóvenes y nuevos valores. Entrevista a J. García Roca, Páginas 33 (1998) 67.